

3 de abril. 10:00. En casa de Llum

Blues before Sunrise, de Eric Clapton, suena atronador. Llum, de pie en mitad de la habitación, lo mira extrañada, sin acabarse de creer lo que le está diciendo:

–¿Qué?

–Pues eso. Lo que te he dicho: le he dado muchas vueltas y... Y no puedo.

Él la mira fríamente, con un gesto en la boca entre el desdén y la tristeza.

–¿Qué?

–Baja la música y podremos hablar.

Ella coge el mando a distancia y sube el volumen.

–¡Así no podremos hablar! ¿Me oyes?

Empieza a dar vueltas por la habitación mientras él coge el mando y quita la música. Ella lo mira con ojos incrédulos, con el rímel corrido por las lágrimas.

–¿Qué?

–Pues eso..., que no podemos seguir.

–¿Que no podemos? ¿Cómo que no podemos?
¡No podrás tú!

–Bien, bien, yo. Es que... No estoy preparado para vivir en pareja. Es demasiado fuerte... Es que..., yo no tengo la culpa. No puedo hacer nada, la situación ha cambiado.

–¿Que no tienes la culpa tú? ¿Que la situación ha cambiado? ¿Qué situación ha cambiado? ¡Di!

–Es que ahora..., ahora he encontrado..., es que...

–¿De qué hablas? ¿De la tía esa del trabajo?

–Es que ella no me presiona. Yo necesito libertad. Yo..., yo no había planeado nada. ¡Ha pasado! Simplemente ha pasado.

–¿Ha pasado? ¿Cómo que ha pasado? Me puedes explicar cómo un tío que decía que me quería, que dice «necesito una semana para pensar», de repente, va y se enrolla con otra. ¿Me lo puedes explicar?

La mira. Se encoge de hombros. Levanta las palmas de las manos y dibuja en la cara un gesto de no saber nada. Entre inocente y a mí no me mires.

–¡Oye, tío! ¿Pero tú eres el mismo que hace unos días se moría por mí? ¿El mismo que decía «no puedo vivir sin ti»? ¿Me quieres decir qué pasa? Pero..., ¿no dijiste que Carme era del curro y nada más?

–Ya, ¡sí! Pero resulta que..., que estaba hecho polvo..., ella me consolaba..., y...

–Pero tío, tú..., ¿tú de qué vas? ¿Te has rayado o qué?

–Llum, escúchame.

—¡No! ¡Escúchame tú a mí! Eras tú el que quería que viviéramos juntos. Tú el que me dijo que me fuera de casa de mi madre para venirme a vivir aquí. ¿Te acuerdas? ¿O lo he soñado todo? ¡Venga, di! ¿Me lo he inventado acaso?

—Pero...

—¡Cállate! Me prometiste el paraíso, ¿no te acuerdas? Sí, me decías: «¡Confía en mí!», con esa cara de gilipollas enamorado eso es lo que me decías. Son tus propias palabras. Palabras estúpidas que yo me creí. Pero qué se puede esperar de un..., de un... ¡gilipollas!

—Ya, pero ahora..., es que ahora es diferente, yo..., yo..., la verdad, no sé lo que quiero, y mira, es que Carme..., es que resulta que también me gusta Carme, y...

—Pero..., pero ¿cómo puedes tener tanto morro, tío? ¿Cómo he podido enamorarme de un mierda como tú?

—¡Oye, Llum! ¡Sin insultar, eh! Yo no soy...

—Tú no eres qué, ¿eh? ¿Inmaduro? ¿Cobarde? ¿Egoísta? ¿Ególatra? ¿Narcisista? ¿Qué es lo que no eres, exactamente?

—Venga, ¡tranquilízate un momento! Haremos lo que tú quieras... Yo..., tampoco tenemos por qué acabar mal. Mira, si quieres podemos ser amigos, ¿no?

Llum lo mira mientras las lágrimas continúan cayendo. Él se le acerca, la coge del brazo, pero ella

lo suelta bruscamente con un «¡déjame!». Él se aparta, la mira y le dice:

–Llum, ¡no te lo tomes así, mujer! Yo..., yo no quería que pasara esto. La verdad es que tengo miedo. Me da miedo comprometerme, vivir juntos. Aún somos muy jóvenes. Llum, mira, decide tú, haremos lo que quieras.

–¿Decide tú? ¿Pero qué quieres? ¿Que encima sea yo la que tome la decisión de dejarte? ¿Que te quite la responsabilidad? ¿Que tú te quedes libre de culpa para que puedas hacerte la víctima? «Ay, pobre de mí...» –Llum lo imita en tono burlón mientras se pasea por la habitación abrazándose la cintura–. «Pobre de mí..., yo la quería, pero ella me dejó... Fue ella quien me dejó...».

–Llum, por favor, te estás comportando..., eres..., eres cruel.

–¿Que soy cruel? Pero ¿cómo puedes llamarme cruel tú a mí, capullo? Yo no he cambiado, soy la misma. Eres tú quien ha cambiado las reglas del juego. Me dijiste que necesitabas unos días para reflexionar y yo lo respeté. ¿Te acuerdas? «¡Ay!, estoy muy mal, no sé qué hacer, no sé qué me pasa». Y yo esperando como una idiota. Y sí que los aprovechaste, ¡vaya que sí! Si no hubiera sido por Joana aún estaría aquí esperando. Y tú, mientras, divirtiéndote, ¿o no? Pero..., ¿cómo se puede ser tan cabrito, tío?

–Llum, me encontraba mal, estaba perdido. No sabía qué hacer.

–¿Y yo? ¿Cómo crees que me encontraba yo? ¿En el cielo? Dijiste que querías reflexionar, no que ibas a buscar el recambio.

–Pero yo creía que estabas bien... Yo pensaba que...

–¿Yo creía qué? ¿Yo pensaba qué? ¡Idiota, estás enfermo!

Llum, de pie, mira ausente por la ventana. Lleva unos vaqueros anchos, bajos de cintura y un jersey a rayas azul y blanco. El pelo liso le cae por la espalda. Los pies desnudos sobre el parqué. Las manos en los bolsillos. Gira la cara y lo mira.

–Llum, yo...

Más calmada, Llum, con las manos en los bolsillos, con la mirada fija en el suelo, le dice:

–Es que ni siquiera has tenido cojones para decirme que te lo habías pensado mejor y que no querías que viviéramos juntos. Ni para decirme que te habías enrollado con otra. Y ahora..., ¿ahora qué pretendes? ¿Que te diga yo que se ha acabado? ¿Aún me pides que te ponga las cosas fáciles? ¿Yo alucino, tío!

Se sienta en el sofá y apoya la cabeza entre las manos. Lloro en silencio. Él respira hondo, la mira, recupera el control de la situación.

–¡Oye, Llum! –la mira lentamente, coge aire y, más tranquilo, continúa–. Podemos quedar como amigos... Vendré a ver cómo estás... Y..., dejemos que pase el tiempo...

Se le acerca poco a poco. Se sienta a su lado y empieza a acariciarle el pelo. Con suavidad...

–Llum, tienes que rehacerte, somos demasiado jóvenes para compromisos, tenemos que vivir...

Él le gira la cara y mientras le cierra los ojos con la yema de los dedos, acerca sus labios a los de ella...

–Eres tan guapa...

E intenta besarla.

–¡Quita! ¿Qué quieres? ¡Di!

–Podríamos despedirnos. No es necesario que nos peleemos, ¿no? Total, tampoco ha pasado nada...

–¿Que no ha pasado nada? ¡Lárgate de aquí! ¡Fuera!

Conversación grabada con Joana Blai

¡Después de aquello Llum empezó a rayarse! Pero mucho, ¿eh!, mucho. Incluso se cambió el nombre. Por el de Trinity. Era por aquellas películas que la tenían alucinada. **Matrix**. ¿Las conoce? ¿Qué me dice? ¿No? Sí, hombre, la protagonista se llamaba

Trinity y estaba enamorada de Keanu Reeves..., bueno Keanu era el actor que hacía de Neo. Él era Neo y Trinity estaba enamorada de él. ¿No las ha visto? ¡Uy! Tiene que verlas, ¿eh?, ¡tiene que verlas!, porque es que..., si no se le escapará todo este embrollo. Es preciso que las vea, oiga. A mí, la verdad, no me gustaron demasiado. Todo era un lío de ordenadores. Que si nuestra realidad no era la realidad, que si era un programa creado por las máquinas.

¿Qué cara pone? Pues, la primera peli empieza que resulta que decían que había una guerra con las máquinas, ¿me sigue? Con los ordenadores. Y resulta que los hombres, bueno las personas, enviaron una bomba para que el sol no entrara, porque resulta que las máquinas se alimentaban del sol, del calor del sol. Y va, y como las máquinas eran más listas que las personas, piensan y dicen..., ¡bueno!, no decían nada, pero yo se lo cuento así. Resulta que enseguida descubrieron que las personas daban calor, así que cogían a las personas y las tenían como nosotros tenemos a las gallinas, ¡sí, hombre!, como en una granja, ¿no ha visto los documentales de La 2, o qué? Bueno, y la vida..., la vida no era más que un programa de ordenador que nos instalaban en el coco, bueno, en el cerebro.

Un poco lioso, ¿verdad? En fin, basura, pero de hierro. Pero, no se crea, ¡eh!, que esto aún no se ha

acabado. Resulta que Trinity formaba parte de la resistencia. Es que no se lo he contado al principio para no liarlo más, pero resulta que unas cuantas personas se fueron a vivir al centro de la Tierra y desde allí luchaban contra las máquinas. ¡Qué locura!

Bueno, resumiendo: Neo era el elegido y tenían que salvarlo de Matrix, que era el programa de ordenador. Y Trinity era una de la resistencia que le ayuda a salir y estaba enamorada de él. Bueno, también había otro personaje, uno que se llamaba Morfeo, que era el guía. ¿M-O-R-F-E-O? ¿Lo capta o no? El año pasado lo dimos en el instituto. Morfeo era un dios griego, el dios de los sueños.

¿Y de la muerte? ¿Sí? ¿También? Vaya, eso no lo sabía. ¡Ostras, pues claro! ¡No había caído!

Bueno, sígo, Llum creía que era Trinity. O se hacía pasar por ella. Como quiera, total, es la misma tontería. Es que me tenía atacada, la verdad. Ya me dirá usted si eso tiene consistencia o no la tiene.

De todas formas tiene que verla. ¿Usted no se acuerda de una movida que hubo en Estados Unidos con esa película? ¿No? Pues cuentan que unos chicos creían que eran el Neo ese de **Matrix**, y hasta iban vestidos como el de la película, pero, ¿sabe?, resulta que un día entraron en el instituto y empezaron a disparar, igual que en la peli. Pero, claro, aquí la palmaban de verdad, verdad. Vaya, ¡fiambres total! Salió

en la tele, unos muertos, otros llorando, la policía conmocionada. ¡Una movida! ¿No lo vio? Pues salió en todos los telediarios y a la hora de comer, como siempre, y luego en la peli **Bowling for Columbine** también.

¿Me estoy enrollando, verdad? A usted, lo que le interesa es Llum, ¿no? ¡Vale! Sigo. El caso es que ella se las bajó de la red. Sí, las consiguió con el ordenador. Pues bueno, después de copiarlas, las vio como unas trescientas veces. Bueno, la tira de veces. El caso es que fueron demasiadas, como usted ya sabe. ¡Ostras, quién lo iba a decir! Todos pensábamos que se había **rayao** mucho, pero claro, después de lo que le había pasado, ¿quién no se raya un poco?

¡Hombre! Es que el tío ese fue un cabrón. ¡Eh! No ponga esa cara, las cosas claras. Era un tío..., cómo se lo explicaría... Es que, desde que lo conoció, Llum cambió. De repente, ya no quería salir por las noches. Claro que después de la putada que le hizo, lo que no quería era salir por el día.

Porque es que cuando tuvo el desengaño volvió a cambiar. Pero aún más, ¡eh! Iba vestida como Trinity, la de la película, toda de cuero negro. Se cortó el pelo muy corto y se lo tiñó de negro, «negro **asabache**», como dice la Paqui, mi vecina andaluza. Muy negro, muy negro. Y todo engominado para atrás. Nosotros nos burlábamos y le decíamos que ese **look** estaba más

pasao que pasao. Se lo decíamos para que reaccionara, no se vaya a creer. Pero ella, ¡nanay! A la suya. Es que, ¿para qué vamos a engañarnos, Llum siempre ha sido muy suya.

Cuando empezó a salir con él... Mira que le decíamos, tía, si no es de los nuestros. Iba de serio, ¿sabe? Que si tenían que ser responsables, que si la relación tenía que ser estable, que si tenían que vivir juntos... ¡El muy cabrón! Y después va y se acojona.

Que sí, hombre, después de todos los sermones que nos soltaba, va el tío y le dice que necesitaba reflexionar, y de paso se enrolla con la tía esa del curro. Y si no llega a ser porque los pillo juntos, ¡el tío aún estaría reflexionando! Lo que yo digo, ¡cómo está el personal! Es que se te pone un mal cuerpo...

Y la verdad, yo no sé qué le veía, ¿eh?, de verdad. Porque de cuerpo..., se ha tirado a otros mil veces más buenos. ¿Sus gustos? ¡Bueno, pero es que eran el cielo y la tierra! Hombre, tampoco es que le gusten Los Chichos..., pero, oiga, ¡casi, eh! ¡Hombre!, lo único es que le gustaba Eric Clapton. ¿A usted también? Mire, podríamos montar un club. ¿Y la ropa? ¡Terrible, terrible!

¡Aquello no tenía consistencia! Eso sí que se lo decía yo a ella: «¡Llum! ¡Era un amor sin consistencia!». Pero ella, erre que erre... ¿A usted le escucha? A mí tampoco. Siempre me dice que su madre es más

joven que yo. ¡Vaya!, que me llama agüela. Aunque a mí..., a mí, la verdad, me la suda.

Pero después de aquello..., después de aquello, Llum desapareció, la Llum enamorada y la de después. Fue como..., cómo le diría..., como si... Fue como si... ¡Como en La noche de los muertos vivientes! Sí, ¡como una zombi! ¡Exacto! Como si se le hubiera aparecido un espíritu y la hubiera poseído.

¿Que se le pasó pronto? ¿Qué quiere decir, que lo olvidó enseguida? ¡Hombre, pues claro! ¿Qué quiere, que se hubiera muerto de amor o qué? Más de dos días sufriendo por un tío ya es una barbaridad. ¡Pues sí señor, y qué más!